

HABÍA UNA VEZ

Cuando usted escucha o lee la frase “Había una vez”, ya sabe que se va a relatar una historia.

Cuando la película titulada “La Guerra de las Galaxias” apareció por primera vez en 1977, comenzaba con la frase: “Hace mucho tiempo en una galaxia muy lejos de aquí” ... los espectadores sabían que la trama de una historia comenzaba. Y, en efecto, ahí estaba la historia que mi padre me contó.

El mismo año que “La guerra de las galaxias” se proyectó en la pantalla grande, “Raíces” –una miniserie escrita por el autor Alex Haley, referente a sus ancestros africanos– llegó a la televisión. Durante varias semanas una masiva audiencia televisiva observó el cautivante drama. De pronto, incontables americanos empezaron a indagar sus raíces, y se dieron a la tarea de investigar sus orígenes. Entre ellos estaban mis propios padres.

A su debido tiempo, mi padre quiso compartir conmigo lo que había encontrado en su apasionante estudio. Fue así como un fin de semana por la tarde fui a su casa y, sentado en una silla, me preparé para escucharlo decir: “Nuestros ancestros vivieron en Escocia”.

Pero no.

“Noé tuvo tres hijos”, comenzó a decir.

16 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Yo ya sabía que una historia estaba iniciándose. Me di cuenta que esa tarde sería larga.

Ahora, no permita que yo despierte en usted un estado de alarma, puesto que este libro no será extenso. Sin embargo, tengo una historia que deseo relatarle. Y la historia que tengo que contarle comenzó mucho antes del tiempo de Noé. De hecho, comienza más o menos como empezaba la “Guerra de las Galaxias”: “Hace mucho tiempo, en un lugar muy lejos de aquí”, en un lugar llamado Cielo...

Sí, la historia que quiero compartir con usted, amable lector, usando las palabras del libro de Fulton Oursler que escribió en 1949 acerca de la vida de Cristo, es “la más grande historia jamás contada”.

La más grande historia jamás contada es la historia de la Verdad y de la Mentira.

Es la historia del Amor y el Egoísmo.

Es la historia de la Luz y de las Tinieblas.

Es la historia del Bien y el Mal.

Es la historia de Miguel (Jesús) y Lucifer (Satanás).

Es la historia de Cristo y sus seguidores y del diablo y sus seguidores.

Y el tema central de este libro es la historia de los verdaderos seguidores de Cristo, en la cual trazamos su origen sobre la tierra desde antes de la caída de los seres humanos, hasta la futura restauración de este mundo.

Dios siempre ha tenido a sus fieles seguidores: los leales a su verdad y comprometidos a hacer su voluntad.

Dios siempre ha tenido a los que llanamente dicen la

verdad acerca de él.

Dios siempre ha tenido un pueblo sobre la tierra: los pocos fieles; los llamados, los escogidos; defensores y paladines de su verdad.

Y Dios todavía tiene un pueblo. Precisamente, observaremos muy de cerca a este pueblo en los últimos capítulos de este libro.

Sin más preámbulo, entonces, comencemos por el principio.

Transportémonos juntos a un tiempo difícil de imaginar, un tiempo cuando no había pecado, ni dificultades, ni maldad. Los primeros capítulos de la Biblia nos llevan al remoto pasado : a ese lugar lejano, muy lejos de aquí. El lugar que nosotros llamamos Cielo.

Allí es donde Dios tiene su trono. Desde allí él vigila el vasto universo que ha creado. Incontables huestes de ángeles –refulgentes, inteligentes, seres sin pecado que él también creó– disfrutaban del gozo y el amor de su presencia. Pero, cuando Dios creó a los ángeles, también corrió un riesgo. Como puede ver el lector, Dios quería que sus criaturas le amaran libremente, porque así lo eligieran, no porque tuvieran que hacerlo.

Así, pues, Dios creó a cada ángel, con el don del libre albedrío. No los creó como si fueran unas computadoras programadas para amarle. Eran libres para amar y obedecer a su Creador. Pero esa misma libertad de escoger, significaba que también eran libres para rebelarse contra él. Ese fue el riesgo que Dios tomó. A cada ángel se le asignó tareas

18 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

en particular, éstas las harían reflejando el amor de Dios y respetando su orden perfecto. El más encumbrado de todos era uno llamado Lucifer, o “portador de luz”. Lucifer era el querubín cubridor, quien estaba en la misma presencia de Dios.

“Tú, querubín grande, protector”, dice Dios de Lucifer en Ezequiel 28:14, “yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas”. Y en el versículo 12 dice: “...Tú eras el sello, la perfección, lleno de sabiduría, y acabado en hermosura”.

En una atmósfera de perfecta paz y sin pecado, los años de la eternidad pasaron uno tras otro. ¿Cuánto tiempo vivió Lucifer en el cielo después de su creación? La Biblia no lo menciona. Quizás miles de años; quizás millones.

Pero el tiempo pasó. Parece que Lucifer poco a poco enfocó su atención en su propia belleza y sabiduría. Y, aparentemente, sintió que debería ser ascendido a una posición más elevada en las cortes celestiales.

Únicamente otros dos seres en el Cielo eran iguales a Dios: Jesucristo el Hijo, y el Espíritu Santo. Conociendo Lucifer el carácter de Dios, su rectitud e integridad, él concluía que Dios muy pronto reconocería su desarrollo personal, sus calificaciones y logros, por lo tanto lo promovería a una posición igual a la del Hijo de Dios y del Espíritu Santo.

Orgullo... luego la caída.

Leamos Ezequiel 28: 17: “Se enaltecíó tu corazón a causa

de tu hermosura; corrompiste tu sabiduría a causa de tu resplandor”.

“Corrompiste tu sabiduría”. En otras palabras, Lucifer no estaba pensando juiciosamente. Su mente se distorsionó por una falsa imagen de sí mismo que él creó y que escogió creer. Por causa de su sabiduría, posición y belleza, Lucifer, poco a poco, llegó a considerarse a sí mismo mucho más importante en el esquema del Cielo que lo que realmente era. Se enorgulleció, se tornó ególatra.

El orgullo –un sentido exagerado de importancia personal– primero nos eleva, para después dejarnos caer. Y así, con el tiempo, Lucifer cayó. Después de su caída, Dios le dijo: “Perfecto eras desde el día que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad” (Eze.28:15).

Y en Isaías 14:12–14 Dios añade estas palabras:

“¿Cómo caíste del Cielo, oh! Lucero, hijo de la mañana! . .
 . Tú que decías en tu corazón: ‘Subiré al Cielo; en lo alto,
 junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el
 monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte;
 sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al
 Altísimo”.

La promoción de Lucifer jamás llegó. Si hubiera pensado con claridad, nunca debería haber perdido de vista el hecho de que Dios era su creador, y que él, Lucifer, sólo era la criatura. Así esperó con frustración creciente, en anticipación de algo que nunca debería haber anhelado.

20 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Como el tiempo transcurría y no había ninguna señal de que Dios estuviera pensando elevar la poción de Lucifer, el príncipe de los ángeles empezó a sentirse intrigado. Luego, se desilusionó y, finalmente, se puso celoso y furioso.

A esta altura, Lucifer podía llegar a las siguientes conclusiones: o el problema residía en Dios, o estaba en él mismo. Y, puesto que el problema no era posible que residiera en él, Lucifer concluyó que el problema residía en Dios.

A pesar de todas las aparentes evidencias de lo contrario, Lucifer concluyó que Dios no era equitativo, que no era justo ni auténtico. Le parecía obvio que al conceder Dios honores, autoridad y privilegios especiales a Jesús, no estaba jugando limpio. Dios, sencillamente, no debe ser como se representa a sí mismo ante el universo. Así, el querubín cubridor llegó a creer sinceramente sus falsas ideas acerca del carácter de Dios... aceptándolas plenamente como verdad.

Por un largo y extenso período, Lucifer trabajó para convencer a los ángeles bajo su mando que la imagen que ellos tenían del carácter de Dios no era tan exacta: que en efecto, Dios no era imparcial. Que Dios era mentiroso e injusto. Finalmente, las semillas de insatisfacción que Lucifer sembró crecieron hasta convertirse en una rebelión de grandes dimensiones. La Biblia la describe en Apocalipsis 12:7-9 en estos términos:

“Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón

y sus ángeles. Pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”.

En el mismo capítulo, los versículos 3 y 4 dicen que una tercera parte de los ángeles fueron convencidos por Lucifer y creyeron sus mentiras.

El gran conflicto entre Cristo y Lucifer –llamado ahora diablo– comenzó. La guerra de todas las guerras ... se libraría ahora en la tierra.

Pero, ¿cómo es que tú y yo estamos involucrados en este gran conflicto entre Dios y su gobierno de amor, y Satanás y su rebelión egoísta? ¿Cómo es que este gran conflicto se desplazó del ámbito celestial hacia los seres humanos?

Expulsados del Cielo, Satanás y sus seguidores, se aprestaron a ubicar la sede de su nuevo gobierno en el pequeño planeta llamado Tierra y juraron eterno odio y destrucción total a su propio Creador.

El primer libro de la Biblia, el Génesis, nos informa que Dios se propuso crear sobre esta tierra un diferente orden de seres. No tan poderosos como los ángeles, pero los crearía a su imagen y semejanza. El sexto día de la creación, de acuerdo con Génesis 1:26,27, dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza . . . Y creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”.

22 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Dios creó a los primeros seres humanos –Adán y Eva– con la misma libertad para escoger, que otorgó a los ángeles. Así, también, creó un hermoso jardín llamado Edén para que fuera el hogar de nuestros primeros padres. Dios no permitió a Satanás que tuviera libre acceso al hombre y a la mujer que él había creado, sino únicamente mediante un árbol que estaba en el mismo centro del Edén. Dios advirtió al hombre y a la mujer que se mantuvieran lejos del árbol prohibido, ordenándoles que nunca comieran de su fruto, ni que aun lo tocaran.

La tragedia

Entonces, un día, sobrevino la tragedia que habría de cambiar la faz de la tierra y la historia de la humanidad para siempre. A continuación, bosquejamos esta triste historia.

Eva no planeó alejarse de su esposo Adán. Pero, de algún modo, un día se halló sola contemplando el árbol del cual Dios le había advertido que no se acercara a él, ni lo tocara.

Las advertencias sonaron en su mente: “De todos los árboles del huerto podéis comer, pero del árbol que está en medio del huerto no comeréis ni le tocaréis porque no muráis”.

Pero deteniéndose frente al árbol, Satanás usó a una serpiente para lograr sus malévolos propósitos. Y mediante el embrujo y el engaño, cuestionando los motivos y las advertencias de Dios de que Adán y Eva se mantuvieran lejos del árbol, Satanás sedujo a Eva para que tomara del fruto del árbol y comiera.

Antes que ese día terminara, Eva compartió el fruto del árbol con su esposo.

Más tarde, ese mismo día mientras Satanás y sus ángeles celebraban su gran victoria, Adán y Eva oyeron la voz de Dios que los llamaba en el jardín del Edén.

Normalmente, cuando él los llamaba ellos rápidamente corrían a su encuentro. Pero, aquella tarde, dice la Biblia en Génesis 3: 8, que Adán y Eva “se escondieron de la presencia de Dios entre los árboles del huerto”.

“¿Dónde estás tú?”, llamó Dios a Adán.

“Oí tu voz en el huerto y tuve miedo”, respondió Adán, finalmente.

¿Adán le tiene miedo a Dios?

La mayoría de los seres humanos hoy, tenemos todavía una forma de ir a Dios, si es que nos vamos a sentir bien con él nuevamente. Desde aquel trágico día en el Edén, nosotros sus criaturas a menudo no nos hemos sentido bien a su lado. Le tenemos miedo. De algún modo, el pecado es así. El pecado produce una ruptura en nuestra relación con nuestro Hacedor, la cual hace que le veamos no como realmente es, sino en una forma totalmente distorsionada.

No sé qué imagen de Dios tiene el lector en este mismo momento. Pero sé que si le tiene miedo a Dios, o está enojado con él, o se siente mal a su lado, es porque el pecado ha hecho una separación y no podemos verle como realmente es.

Separados de Dios, comenzamos a imaginarnos toda clase de cosas respecto a él, pero menos la verdad.

24 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Comenzamos a culparle por el dolor que el pecado nos produce. Comenzamos a verle como un ser cruel, distante de nosotros; lo vemos como un juez inflexible o un Padre duro, cuando no como nuestro enemigo.

Al crearnos esta falsa imagen de Dios, el diablo se alegra, y fija en nuestra mente esa idea distorsionada, puesto que él está ocupado en enlodar y tergiversar el carácter de Dios, mostrándolo como el peor de los villanos. Satanás está enteramente ocupado en hacer que Dios sea visto como un ser malo al inventar mentiras acerca de él. Así, cuando las dificultades invaden nuestras vidas –las tragedias, el dolor, la enfermedad y la tristeza –, inmediatamente nos presiona para que le echemos la culpa de todo esto a Dios.

Pero sabemos que la imagen que nos presenta Satanás acerca de Dios es completamente falsa. Lejos de ser malo o nuestro enemigo, Dios es nuestro Salvador y el más grande amigo.

La prueba suprema del amor de Dios por la raza humana está en el breve registro, justo unos versículos después de la triste historia de la caída de nuestros primeros padres. En Génesis 3:15 Dios le habla a Satanás y le dice: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.

Ésta es la primera promesa que registra la Biblia de que Dios, de alguna manera, iba a salvar a los seres humanos de la condenación. Él abriría un camino de tal modo que Alguien cargara con el castigo por sus pecados.

Dios produciría una enemistad entre Eva y Satanás, entre la simiente o seguidores de éste y la simiente de la mujer. Y de la simiente de Eva –sus descendientes– se levantaría uno para aplastarle la cabeza, mientras que él sólo heriría al descendiente (Jesucristo) de Eva en el calcañar. La sugerencia aquí es la de una herida mortal en la cabeza, en contraste con una herida leve en el calcañar.

La simiente que le aplastaría la cabeza a Satanás fue Jesús, el Hijo de Dios. Llegaría el día cuando el prometido Redentor tomaría sobre sí los pecados de cada persona que alguna vez haya vivido; él cargaría con la rebelión, la desobediencia, y el orgullo de una raza que se había apartado de él. Y en una cruz de ignominia y vergüenza llevaría sobre sí la pena de muerte que merece el pecador. Cristo derramaría su sangre y ofrecería su vida para salvar al hombre de la destrucción.

Salvaría a sus descendientes.

Le salvaría a usted, amable lector.

Me salvaría a mí.

La guerra contra Dios la desató un ángel lleno de orgullo allá en el Cielo. Luego, en la tierra, los seres humanos también se rebelaron y siguieron su propio camino. ¡Pero hay buenas noticias! Un día, muy pronto, esta guerra cósmica terminará para siempre.

Pero, mientras esto sucede y el conflicto llega a su fin, Dios ha tenido y tendrá un pueblo que se pondrá decididamente de su lado en este conflicto. Ellos son leales a su verdad y creen en su carácter perfecto.

26 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

La historia de este gran conflicto es la historia de esos fieles seguidores de Dios.

¿Quiénes fueron estos primeros fieles?

¿Quiénes han sido y dónde estuvieron a través de la historia?

¿Dónde se hallan hoy?

Las respuestas a estas preguntas no son, de ninguna manera, un secreto.

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
—los llamados, los escogidos—, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*